

El que llega á la desventura de ser incrédulo ó perder la fe, no verá jamás la vida bienaventurada, sino que tendrá eternamente sobre sí la ira del Señor.

Sine fide impossibile est placere Deo. Ad Hebr. cap. 11. Yo, Señor, conservaré siempre en mi alma la fe que me disteis por vuestra gran misericordia, pues sé que sin ella es imposible agradaros.

PROPOSITOS.

Así como la pérdida de la fe es motivo de perder tantos bienes como se han ponderado en las consideraciones precedentes, por el contrario, la conservación de este don divino atrae á sí las divinas misericordias, y hace acreedor al hombre á las mas altas recompensas. Por esta causa, todos los propósitos de este día deben reducirse á confirmarte mas y mas en la fe que te infundió el Espíritu Santo al tiempo de recibir el sagrado bautismo. Debes proponer firmemente no dar jamás oídos á aquellas doctas fábulas que inventan los hombres para seducir á los incautos, y autorizar y hacer persuasibles los delirios de la humana fantasía. El apóstol san Pablo, previendo el gran peligro que correria la fe por causa de las seducciones de la filosofía, previene á su discípulo que habrá tiempo en que se levanten maestros, que con sus palabras melifluas y artificiosa elocuencia agrandarán á los oídos, y se llevarán tras sí á los incautos, apartándolos de la verdad, y haciéndoles adoptar por dogmas las pestíferas doctrinas de su corrompido corazón. Al mismo tiempo le avisa que esté en una continua vela, y no perdone trabajo alguno para guardar el precioso depósito de la fe. Todo lo merece verdaderamente este don sobrenatural y divino; porque por

él eres hijo de Dios, heredero de su gloria, hermano de Jesucristo, participante de todos sus bienes y gracias que este Señor nos adquirió delante de su Eterno Padre, y de aquella firme esperanza con que vives de entrar alguna vez en la posesion de su gloria. La fe tranquiliza tu alma en todas las calamidades, y te da una superioridad de fuerzas decidida contra todos tus enemigos visibles é invisibles. Por la fe eres mas rico que si poseyeras todos los tesoros que ocultan las entrañas de la tierra. Por ella eres mas fuerte y poderoso que todos los monarcas del mundo. La fe llena tu entendimiento de conocimientos tan altos y sublimes, que todos los filósofos juntos no llegaron á percibir la menor de las verdades que tienen firme asiento en tu alma. ¿Y será posible que sacrificues todo esto á una bachillería, á una bufonada, á un conjunto de palabras brillantes, ó á un artificioso discurso, en que, por mucho que busques, encontrarás lo que se llama elocuencia humana; pero de ninguna manera la verdad, la sencillez y el provecho? No es creíble que un bien terreno pueda cegarte tanto, que te haga necio hasta este extremo.

DIA DIEZ Y OCHO.

LA DEDICACION DE LA BASÍLICA DE LOS SANTOS APOSTOLES SAN PEDRO Y SAN PABLO.

Dice Dios en la Escritura que glorificará á todos los que le glorificaren; pero los que le menospreciaren á él serán ellos mismos menospreciados. La verdad de este oráculo se renueva visiblemente en la solemnidad de este día. Al mismo tiempo que los

Césares, enemigos del nombre cristiano, orgullosos dueños de todo el universo, revestidos con toda la majestad de su imperio, á cuyo solo nombre doblaba la rodilla toda la tierra, yacen hoy sepultados en un eterno olvido sin que de toda su pomposa dignidad haya quedado mas que el menosprecio general de su memoria; al mismo tiempo que sus cenizas, confundidas con las del esclavo mas vil, son desprecio de los piés ó asqueroso horror de la vida, los templos del Dios vivo, á quienes ellos persiguieron, se elevaron sobre las ruinas de sus mismos trofeos; los sepulcros de aquellos héroes cristianos, á quienes el mundo persiguió, y parecian tan viles, tan despreciables á sus achacosos ojos, son hoy celebrados y famosos en todo el universo, haciendo Dios venerable su nombre y su memoria, tanto, que, no contento con hacerlos reinar en su compañía en el cielo, quiso que fuesen objeto digno del culto y veneracion de los fieles, glorificando sus mismas cenizas, y haciendo glorioso en la tierra su sepulcro. Pero entre todos los lugares del mundo cristiano, ilustrados con la sangre de los mártires, ninguno mas célebre, ninguno mas respetable, ninguno hubo jamás tan venerado como aquella parte del Vaticano que fué consagrada con la sangre del príncipe de los apóstoles.

Luego que san Pedro, cabeza visible de la Iglesia de Jesucristo, consumó su glorioso martirio; luego que san Pablo, astro luminoso y de primera magnitud, doctor insigne de la gentes, terminó su carrera con victorioso triunfo, se vieron concurrir de todas partes los cristianos á venerar aquellas sagradas reliquias. Desde entonces se consideró la ciudad de Roma mucho mas rica, mucho mas ilustre por depositaria de aquellos sagrados despojos, que por todos los otros soberbios monumentos de la vanidad pagana. El sepulcro de san Pedro sobre el monte Vati-

cano, que desde entonces se llamó la confesion de san Pedro; y el de san Pablo en el camino de Ostia, á las orillas del Tiber, fueron el objeto mas célebre de la veneracion de los fieles, y el término mas frecuente de sus devotas peregrinaciones. Venian á buscar, dicen los padres, entre aquellas frias cenizas aquel mismo sagrado fuego que á ellos abrasó; y el mismo corazon sentia irse avivando la fe que habian predicado aquellos adalides de la religion. Acobardados los fieles con las persecuciones de los tres primeros siglos, contenian su veneracion en los ahogados términos de un culto cauteloso y reservado, sin libertad para explicarla en demostraciones de su magnificencia. A la verdad, era cada dia mayor el que tributaban á aquellas preciosas reliquias, aunque no era licito á su devocion ni á su zelo desahogarse en públicos monumentos. Mas luego que el emperador Constantino, con su milagrosa conversion, restituyó la paz á la Iglesia, fué el primer cuidado del religioso emperador sacar de la oscuridad aquellos venerables tesoros tan estimados y tan adorados de todos los fieles.

Quiso acreditar aquel gran príncipe su religion y su veneracion á los sagrados apóstoles con una accion tan señalada, que le hizo mayor y mas glorioso que cuantas ilustres y grandes victorias habia conseguido de sus enemigos. Luego que se trazó el plan de la célebre iglesia de San Pedro en el Vaticano, se dice que el piadoso emperador, depuesta la diadema y púrpura imperial á los piés del santo apóstol, tomó un hazadon, dió principio á abrir los cimientos, y sacó doce espuestas de tierra que él mismo llevó en sus imperiales hombros, dejando al mundo cristiano este ejemplo de piedad que eternizará su memoria. Y ¿qué dificultad puede haber en creer esto de un príncipe tan religioso como el grande Constantino, cuando

no la hay en creérselo á Suetonio que afirma otra tanto de Vespasiano al tiempo que se reedificó el templo de Júpiter Capitolino? Acabóse presto aquella iglesia, como tambien la otra que el mismo emperador mandó fabricar en honor del apóstol san Pablo, extramuros de la ciudad de Roma en el camino que va á Ostia. Concluidas las dos suntuosas basílicas, las consagró el papa san Silvestre, haciendo la dedicacion con tanta solemnidad y con tanto concurso de gente, que se puede decir fué uno de los mayores triunfos de la Iglesia; y esta solemnísima dedicacion es lo que se celebra este dia. San Optato, obispo de Mileva, que vivia en tiempo del pontífice san Dámaso, dice que las iglesias de los dos santos apóstoles eran dos memorias ó dos templos abiertos siempre á los católicos, y siempre cerrados para los herejes y para los cismáticos; de suerte que entrar en aquellas dos sagradas basílicas, y tener parte en las oraciones y en los sacrificios que se celebraban en ellas, era lo mismo que comunicar con la Iglesia católica. Por eso, todos los que concurrían á Roma daban principio á sus devociones visitando la iglesia de San Pedro, y los que no entraban en ella se reputaban por cismáticos, segun la observacion del cardenal Baronio.

Fué tan venerada en todo tiempo esta iglesia y la de San Pablo, que al llegar á ellas todos se postraban á la entrada besando las puertas por devocion, y de ahí viene que hasta el dia de hoy se dice que van *ad limina apostolorum*, de los peregrinos que van á Roma, porque *limen*, entre los antiguos, significaba la puerta de una iglesia, y tambien la iglesia misma. ¿No ves, dice san Juan Crisóstomo, con qué devocion, con qué respeto besan los fieles la entrada de ese sagrado templo? *Non cernis, quoniam homines etiam hisce templi vestibulis oscula fiunt, partim inclinato capite, partim manutinentes?*

San Paulino, y despues de él san Gregorio Turonense, nos informan de lo célebre que eran en el mundo las basílicas del príncipe de los apóstoles y de san Pablo por la santidad de los lugares, y por la religion y concurso de los pueblos. La historia eclesiástica nos pone á la vista innumerables ejemplos de la veneracion con que los príncipes de la tierra, las gentes mas separadas de nosotros, y hasta los mismos bárbaros, tanto herejes como infieles, honraron en todos tiempos á aquellos sagrados lugares. Los Godos, conducidos por Alarico, en tiempo del emperador Honorio, desolaron toda la Italia, se apoderaron de Roma el año de 409, saquearon y quemaron toda la ciudad; pero no osaron tocar á las dos célebres basílicas.

Aunque la iglesia de San Pedro en el Vaticano fué verdaderamente augusta desde aquellos primeros tiempos, con todo eso no pareció despues ni tan capaz, ni tan magnífica como correspondia á la santidad de aquel sitio, ni al inmenso concurso de peregrinos como la venian á visitar de todas las naciones del universo. Por eso, muchos siglos despues pensaron diferentes papas en dar mayor extension al edificio, haciéndole una de las maravillas del mundo, ó uno de sus mas ostentosos y mas soberbios monumentos. Pero hasta el siglo décimoquinto no se tomó con eficacia la resolucion de renovarle en todas sus partes. Nicolao V mandó abrir los cimientos hácia el año de 1456; Sixto IV hizo trabajar en ellos; y Julio II, prefiriendo á otros muchos el diseño que le presentó Bramante Lázari, famoso arquitecto, dió principio á aquel soberbio edificio el año de 1506, haciendo la ceremonia de poner él mismo la primera piedra, con grande solemnidad, el dia 18 de abril del mismo año. A Bramante Lázari, que murió el año de 1514, sucedió el célebre Rafael de Urbano ó de Urbino, tan habil arquitecto

como pintor, el año de 1534. El papa Paulo III encargó la continuacion de aquella empresa al famoso Miguel Angel Bonarota. Usando este del pleno poder que el pontífice le habia concedido, trazó otro modelo de arquitectura mas soberbia, mas moderna y de mas preciosos materiales. A Miguel Angel sustituyó Jacobo Barozzi el año de 1564, y á este sucedieron Jacobo la Porta, Maderna y el caballero Bernini, que acabó aquella grande obra en el pontificado de Paulo V. Pero quien le perfeccionó fué el papa Urbano VIII, y fué tambien quien hizo la mas solemne dedicacion que jamás se habia hecho el mismo dia en que se celebra la dedicacion de la Iglesia antigua: de manera que la célebre iglesia de San Pedro en el Vaticano, que hoy se coloca en la clase de los mas soberbios edificios del universo, y se cuenta en el número de las maravillas del mundo, fué obra de 120 años, en vida de veinte pontífices; pero los que mas contribuyeron á ella fueron Julio II, Leon X, Paulo III, Sixto IV, Clemente VIII, Paulo V y Urbano VIII.

Esta magnífica iglesia, centro de la unidad y madre de todas las otras, toda es de mármol por dentro, y por fuera cubierta de plomo y de bronce dorado. Admiranse en ella excelentes pinturas, columnas de mármol, inmensas riquezas, y en aquella vastísima capacidad una proporcion que es el último esmero del arte. El pórtico de esta iglesia se eleva hasta veinte y cuatro toesas, y su arquitectura es del orden jónico. Forma un pórtico soberbio de bóveda dorada que se extiende á toda la longitud del portal; y sobre el pórtico se sostiene una magnífica galería, adonde todos los años sale su Santidad el jueves santo y el día de Pascua á dar la bendicion al pueblo que está de rodillas en la plaza vaticana. Léese una inscripcion latina en que se dice que el papa Paulo V mandó fa-

bricar aquel portal el año de 1612. De las cinco puertas que tiene, la de enmedio es de bronce, y la que está á mano derecha es la que se llama *la Puerta santa*, porque solo se abre el año santo; llamándose así el año del jubileo grande que se celebra de veinte y cinco en veinte y cinco años. El diseño y el plan de este augusto edificio representa la figura de una cruz, cuyo mástil ó cuya longitud es de cerca de cien toesas, y la latitud ó los brazos son de sesenta y seis. En el centro de estos brazos se eleva la cúpula á la altura de cincuenta y cinco toesas; pero el resto de la bóveda en toda la iglesia solo se levanta veinte y cuatro. Todo el pavimento es de mármol, y la bóveda dorada. En medio de los brazos se descubre el altar mayor bajo la misma cúpula del cimborio. No hay en el mundo cosa que iguale á la magnificencia y á la suntuosidad de este altar, ni al rico dosel de bronce con que le mandó cubrir el papa Urbano VIII. Despues de la eleccion del papa se le conduce á este altar, y en él es reconocido por sucesor de san Pedro. Ninguno puede decir misa en él sino el sumo pontífice, ó á quien dé expresa licencia para celebrarla. Debajo del mismo altar está *la confesion de san Pedro*; porque así se llamó siempre el sepulcro donde descansa el cuerpo del santo apóstol. La plaza que está delante de la misma iglesia es tambien la admiracion de los extranjeros. El diseño fué del caballero Bernini, y el papa Alejandro VII le mandó ejecutar. Rodeala una hermosa galería, y es toda ella de figura oval, con trescientos pasos de largo, y doscientos y veinte de ancho. Trescientas veinte y cuatro columnas sostienen la galería enriquecida con una balustrada en que se dejan ver las estatuas de los doce apóstoles, con las de otros muchos santos, hasta el número de ochenta y ocho, y las armas de Alejandro VII. Elévase en medio de esta plaza, entre dos

hermosas fuentes, la pirámide ó el obelisco mas magnifico de todo el universo. Todo él es de una pieza de mármol granito, y esta admirable pieza tiene trece toesas y dos piés de alto, sin comprender la elevacion de la basa ni de su pedestal. El remate de la pirámide era en otro tiempo la urna donde estaban las cenizas de Julio César; pero hoy la remata una cruz de bronce. La iglesia de San Pablo, extramuros, es tambien de singular veneracion, y muy frecuentada de los fieles.

La dedicacion de estas dos célebres basílicas es la que solemniza hoy la Iglesia en todo el universo, y no hay quien ignore ni el objeto ni el fin de esta solemnidad. Ya se sabe que la dedicacion de una iglesia es un acto exterior de religion que siempre debe hacer un obispo; en cuya virtud un edificio material, por particular bendicion, se convierte en casa de Dios, en la cual deben los fieles rendirle aquel religioso culto que es tan debido á su adorable Majestad. Y estando los templos destinados, por especial institucion, al servicio de Dios para reverenciarle singularmente en ellos, su dedicacion es acto de religion que los convierte en casa especial, palacio sagrado, y como santuario adonde pueden entrar todos los fieles para tributar á Dios la veneracion, el homenaje y la adoracion que le corresponde como á soberano Señor de cielo y tierra.

Hablando Eusebio de las dedicaciones que se celebraron en las ciudades principales del mundo luego que el emperador Constantino dió permiso para que se erigiesen templos públicos al verdadero Dios, dice que nunca se habian visto fiestas mas solemnes, ni donde se hiciese mas visible el regocijo de los pueblos que en aquellas dedicaciones. Concurriase á ellas de las provincias mas remotas, teniéndose por dichosos los príncipes y los reyes que se hallaban presentes

á tan religiosas solemnidades, y los obispos acudian en gran número: *Ad hoc episcoporum conventus: peregrinorum ab externis, et disitis regionibus concursus; populorum mutua inter se charitas ac benevolentia, cum membra corporis Christi in unam compaginem coalescerent.* Estas palabras de Eusebio deben hacernos observar que la alegría y la solemnidad de las dedicaciones no se fundan en el edificio material de los templos por suntuoso, por magnifico que sea, sino en la union, concordia y caridad que une á todos los hombres en un templo vivo, de que solo son figura los templos materiales; juntándose los emperadores con los obispos, los obispos y el clero con los pueblos, los pueblos, las provincias y los reinos diversos entre sí para ofrecerse todos juntos á Dios, ofreciéndole una victima inmortal y divina que es el mismo Jesucristo: *Una erat divini Spiritus virtus per universa commeans membra; una omnium anima, eadem alacritas fidei; unus omnium conventus divinitatem hymnis celebrantium.* Y esta primitiva solemnidad es la que se celebra el dia de hoy en la fiesta de las dedicaciones.

Cayo, presbítero de la iglesia romana, famoso teólogo, que florecia al fin del segundo siglo, asegura que ya entonces se veneraban los dos sepulcros de los santos apóstoles san Pedro y san Pablo como dos gloriosos trofeos y antemurales de la religion cristiana: *Ego apostolorum trophæa perspicuè possum ostendere. Nam si lubet in Vaticanum proficisci, aut in viam, quæ Ostiensis dicitur, te conferre, trophæa illorum, qui illam ecclesiam suo sermone, et virtute stabilierunt, invenies.*

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, la dedicacion de las basílicas de San Pedro y de San Pablo, la primera de las cuales, habiendo sido reedificada y agrandada, fué solemne-

mente consagrada de nuevo en igual día por el papa Urbano VIII.

En Antioquía, la fiesta de san Roman, mártir, quien, viendo en tiempo del emperador Galerio entrar al prefecto Asclepiades por fuerza en la iglesia, y tratar de derribarla, exhortó á los cristianos á oponerse á sus designios. Despues de tormentos espantables, le cortaron la lengua, sin la cual no por eso cesó de cantar las alabanzas del Señor; en fin le dieron garrote en la cárcel, y recibió la corona del martirio. Antes que á él, mataron tambien á un niño llamado Barulas, quien, preguntado por san Roman cual fuese lo mas racional, si adorar á un solo Dios, ó reconocer á muchos, y habiendo respondido que era necesario creer en un solo Dios, que es el de los cristianos, fué azotado y luego decapitado.

En Antioquía tambien, san Hesiquio, mártir, quien, habiendo oido, siendo soldado, publicar un edicto que ordenaba dejar el uniforme militar á quien no quisiese sacrificar á los idolos, se quitó al instante el suyo. Para castigarle, le ataron al brazo derecho una enorme piedra, y le echaron al rio.

El mismo dia, san Oriclo y sus compañeros, martirizados por la fe católica, durante la persecucion de los Vándalos.

En Maguncia, san Máximo, obispo, quien, impetrando Constancio, tuvo mucho que sufrir de parte de los arrianos, y murió con la cualidad de confesor.

En Tours, el tránsito de san Odon, abad de Cluni.

En Antioquía, santo Tomás, monje. El pueblo de dicha ciudad celebraba todos los años su fiesta en agradecimiento de haber sido libertado de la peste por sus oraciones.

En Luca de Toscana, la translacion de san Fridiano, obispo y confesor.

Este mismo dia, santa Auda, virgen.

En una isla de la diócesis de Treguier, san Mandé, solitario.

En Condran cerca de Chauny, diócesis de Noyon, san Momblo, monje de San Pedro de Lagny, diócesis de París, venerado particularmente en Nevers.

En las islas de San Honorato en Provenza, san Amando, abad de Lerins.

En Normandia, san Refario, obispo de Coutances.

En Bauminiac, diócesis de Aquila en el Abruzo, san Pelegrino, natural de Francia, solitario, muerto por unos foragidos.

En Asmanuje de Etiopia, los santos mártires Alfeo, Roman, Zaqueo, Juan, Tomás, Victor é Isaac.

En el mismo lugar, san Osias, confesor.

En el pais de Gales, san Canoco, abad.

La misa es de la fiesta, y la oracion la que sigue:

Deus, qui nobis per singulos annos, hujus sancti templi tui consecrationis reparas diem, et sacris semper mysteriis representas incolumes; exaudi preces populi tui, et presta, ut quisquis hoc templum beneficia petiturus ingreditur, cuncta se impetrasse letetur. Per Dominum nostrum...

O Dios, que cada año renuevas en nuestro favor el dia de la consagracion de esta iglesia, dedicada á vos, y nos das salud para asistir á estos sagrados misterios; oye benigno los ruegos de este pueblo, y otórganos que todos los que entran en este templo para pedirte alguna gracia tengan la dicha de alcanzar lo que desean. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 11 de la que escribió san Pablo á los Hebreos.

Fratres: Sancti per fidem vicerunt regna, operati sunt jus-

Hermanos: Los santos por la fe vencieron los reinos, obra-

titiam, adepti sunt repromissiones, obturaverunt ora leonum, exstinxerunt impetum ignis, effugerunt aciem gladii, convaluerunt de infirmitate, fortes facti sunt in bello, castra verterunt exterorum: acceperunt mulieres de resurrectione mortuos suos: alii autem distenti sunt non suscipientes redemptionem, ut meliorem invenirent resurrectionem. Alii vero ludibria, et verbera experti; insuper et vincula, et carceres: lapidati sunt, secti sunt, tentati sunt, in occisione gladii mortui sunt, circumierunt in melotis, in pellibus caprinis, egentes, angustiati, afflicti: quibus dignus non erat mundus: in solitudinibus errantes, in montibus, et speluncis et in cavernis terræ. Et hi omnes testimonio fidei probati inventi sunt in Christo Jesu Domino nostro.

ron justicia, alcanzaron lo que se les había prometido, cerraron las bocas de los leones, apagaron la violencia del fuego, escaparon del filo de la espada, convalcieron de su enfermedad, se hicieron esforzados en la guerra, desbarataron los ejércitos de los extraños. Las madres recibieron resucitados á sus hijos que habían muerto. Unos fueron extendidos en potros, y despreciaron el rescate para hallar mejor resurreccion. Otros padecieron vituperios y azotes, y además cadenas y cárceles: fueron apedreados, despedazados, tentados, pasados á cuchillo; anduvieron errantes, cubiertos de pieles de ovejas y de cabras; necesitados, angustiados, afligidos: hombres, que no los merecía el mundo, anduvieron errantes por los desiertos, las cuevas y cavernas de la tierra. Y todos éstos se hallaron probados por el testimonio de la fe en Cristo Jesus nuestro Señor.

REFLEXIONES.

Si lo que dice san Pablo hablando de la fe en la epístola de este dia no tuviera á su favor mas que las expresiones llenas de energía y entusiasmo con que la celebra, pudiéramos creer que semejantes elogios procedian de la firmeza con que la tenia establecida en su pecho, ó acaso de una exaltacion ó arrobamiento de los muchos con que Dios le había favorecido. Pero

vuestros altares, como en el Tabor, revestido con el esplendor de vuestra majestad, ó suspendiendo menos vuestra indignacion contra los que profanan el sagrado de vuestra casa, hiciéseis que se abriese la tierra debajo de sus piés, ó fulmináseis fuego del cielo contra los que se atreven á perderos ó respeto en vuestra presencia y á profanar vuestros templos, seguramente que os hubieran maltratado menos, porque os hubieran temido mas. Pero qué, ¿hemos de ser nosotros ingratos, impíos, sacrilegos, porque el Dios que adoramos sea tan sufrido? Mas quiere Jesucristo disimular en silencio los atrevimientos de los impíos, que atemorizar á las almas justas con ruidosos escarmientos. Pero un ministro de Dios, un gobernador, un magistrado, una persona pública constituida en dignidad, ¿podrá lícitamente mirar con indiferencia y con frialdad los ultrajes que se hacen al Dios vivo? Y á fuerza de ver las irreverencias que se cometen en el lugar santo, un padre, una madre, una persona de autoridad, ¿autorizará con su silencio, y no pocas veces con su mal ejemplo, unas profanaciones tan escandalosas? ¡Despues de esto nos quejaremos de las calamidades de los tiempos y de los azotes con que nos castiga la divina indignacion!

El evangelio es del cap. 19 de san Lucas, y el mismo que el dia IX, pág. 182.